

Portoalegrinas



TONI COMÍN

“Somos millones y el mundo no es vuestro”, dice el poema de José Agustín Goytisolo que se leyó al final de la manifestación celebrada en Barcelona el 16 de marzo, con motivo de la cumbre europea, y que los medios bautizaron velozmente como “la mayor marcha en contra del actual modelo de globalización neoliberal celebrada en Europa y posiblemente en el mundo”. “Barcelona, capital mundial de la antiglobalización” decían los mensajes que al día siguiente del evento circulaban a través de las redes digitales y los correos electrónicos por medio de los cuales se organiza este nuevo y sorprendente movimiento social.

En Barcelona quizás no fueron millones, pero sí varios cientos de miles: trescientos, cuatrocientos, incluso quinientos, según cuentan los más entusiastas. Olvidémonos de la cifra: ya se sabe que, en eso de las marchas, los principios de la física tienen una elasticidad encomiable. Lo que cuenta es otra cosa. En junio, en la manifestación celebrada con motivo de la frustrada reunión del Banco Mundial, en el Paseo de Gracia no había más de cuarenta mil personas, si las había. ¿Qué ha ocurrido para que en la misma ciudad, con los mismos organizadores, y para un motivo idéntico, la asistencia ciudadana se multiplique por diez, por quince, quizás por veinte? “Aquí sucede algo”, como dice otro poema de Goytisolo, si la memoria no me engaña.

“Nunca un sujeto político había crecido tan rápido”, comentaba exaltado un amigo, *in situ*, bloqueado en medio de la muchedumbre. Quizás lo más insólito es que aquella tarde se reunieron en una misma convocatoria gentes de lo más diverso: desde matrimonios mayores de los barrios altos, burgueses pero progresistas, hasta jóvenes radicales con pañuelo en la cara, oenegeros, sindicalistas, clases medias y clases cada vez menos medias, intelectuales de pro, activistas, estudiantes... ¿Qué es lo que comparten ciudadanos tan distintos? Seguramente esto: la ciudadanía.

CIUDADANOS DEL MUNDO

La globalización capitalista a la que estamos asistiendo desde hace ya más de una década, impulsada por las nuevas tecnologías de la información y por la des-

aparición de todo rival político e ideológico mínimamente temible, ha supuesto una devaluación, cuando no una expropiación de la ciudadanía. Y esto por igual en el Norte que en el Sur. La sociedad global ha sido “creada” durante la última década exclusivamente por y desde las grandes fuerzas económicas: corporaciones multinacionales y mercados financieros. Por esto, la sociedad global —que es una verdadera novedad para la historia de la humanidad— por ahora es sólo un mercado global al servicio del capital occidental.

La globalización capitalista ofrece a los ganadores del modelo actual la posibilidad de participar como ahorradores en las bolsas globales, de ser utilizados como recursos humanos de empresas globales, consumir productos de estas mismas empresas e identificarse con la cultura McWorld. A los perdedores del Norte, les impone una flexibilización de los mercados de trabajo que es un camino abierto hacia la precariedad, y una erosión de las bases fiscales del Estado del bienestar que pone en entredicho los sistemas públicos de protección social. Sobre los perdedores del Sur no hace falta ni hablar, porque ya nos lo sabemos todos de memoria: tres mil millones de pobres con menos de dos dólares al día, de entre los cuales ochocientos millones pasan hambre.

Esta globalización ni a los unos ni a los otros les ofrece la posibilidad de pensar y actuar como ciudadanos del mundo, como simples ciudadanos preocupados por el bien común global. ¿Dónde están las políticas públicas globales y las instituciones con capacidad para llevarlas a cabo? No existen. El actual (des)orden neoliberal pone las fuerzas económicas globales por encima de las democracias nacionales. Sólo protege los derechos del capital —que son defendidos por instituciones globales como la OMC o el FMI, en manos de las potencias occidentales— y los antepone a los derechos humanos —que sólo pueden ser protegidos por los Estados nacionales.

Acaso el Tribunal Penal Internacional sea la única institución que tenga por encargo la defensa de los derechos humanos de manera global. Pero sólo defiende el más elemental de estos derechos, que es el derecho a la vida —y aún en algunos caos, que no en todos— pero ningún otro. ¿Para cuándo la institución global que garantice en todo el mundo derechos laborales como el derecho a la sindicación? ¿Para cuándo la institución global que garantice el derecho a la educación, para cuándo la que garantice el derecho a la salud?

RECONSTRUIR LA DEMOCRACIA

La gente —tampoco los ciudadanos de Barcelona, por lo que se ve— no está dispuesta a aceptar pasivamente la tesis del “fin de la historia”, esa tesis que decía “capitalismo más democracia liberal, *in secula seculorum*”. Porque, con la globalización, esa tesis significaba lo siguiente: ser consumidores perdidos en un gran mercado global —en el que, a fin de cuentas, mandan las multinacionales y los inversores— y ciudadanos raquíticos de unos Estados nacionales sin capacidad para organizar el mundo. Los jubilados de California, las clases medias y medias altas norteamericanas y europeas, con sus fondos de pensiones y sus fondos de inversión: éstos son los dueños del mundo, me decía aquél mismo amigo, sin perder la exaltación. Y lo decía porque estos fondos —capitalistas institucionales, como los llaman los economistas— son los dueños de los mercados financieros internacionales, y estos mercados son los que determinan la suerte o la desgracia de los países emergentes y los países en desarrollo. La globalización ha cambiado por completo las reglas del juego entre la economía y la democracia, y esto es lo que no nos gusta. De hecho, lo del “fin de la historia” ya hacía rato que no nos gustaba, pero hasta ahora no lo habíamos empezado a demostrar en la calle, con el cuerpo. El cuerpo: así, físicamente, así parece que se expresa la voluntad en las manifestaciones.

Los movimientos sociales, pues, han salido a la palestra, a la calle y al debate. Porto Alegre se ha convertido en un “parlamento mundial informal”, donde movimientos sociales, ONG, intelectuales, partidos, sindicatos, del Norte y del Sur, sí pueden pensar como “ciudadanos del mundo” y buscar maneras de promover el bien común global. Diría que este es el propósito compartido de todos aquellos que se reconocen ese lema tan elemental —y, permítaseme decir, tan evangélico— que reza “otro mundo es posible”. Construir una ciudadanía global que todavía no existe, y profundizar la ciudadanía a nivel local. Reconstruir la democracia en un nuevo contexto globalizado que ha vuelto insuficientes e ineficaces las viejas democracias nacionales. Devolver a los ciudadanos una sociedad que, por ahora, está en manos de los grandes poderes capitalistas. “Somos millones y el mundo no es vuestro”. Tenía razón José Agustín. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE